33

Novela Corta de Ficción

Federico Villalobos

2024

- ¿Cómo está ese pescado? - dijo Lucio.

- Ummm, Ummm - dijo Oscar - Ummm, Ummm.

- Me parece que está crudo y es venenoso - dijo Lucio.

- Pudo haber estado más en aceite - dijo Oscar - Mi estómago tenía afán. Y entreno mi cuerpo para la Tetrodotoxina.

- Le falta Sal y Limón y el Patacón - dijo Lucio - Y pudo haber sido un pez más grande. Con menos espinas. Ustedes los que practican el Vudú les gusta estar en coma. Debería usar el Limón para neutralizar las Aminas.

- Y la Papa Criolla tiene tierra pero así me las como - dijo Oscar - Todo está en deleitarse comiendo algo muy venenoso. Usted que sabe de Química lo debe apreciar. Algo aprendió mi padre en la guerra del Japón.

- Ahora ésta señora que los prepara abuza del Comino - dijo Lucio - Desde que dijo haber ido a la India al aprendizaje.

Tampoco debe saber de los paros cardiorrespiratorios.

- « Esto no es tan doloroso como la infección y el Tétano que produce el aguijón de Raya - pensó Oscar - Casi quedo engarrotado la otra vez con esos Indios disparando dardos ».

- Yo aprendí a lidiar con los venenos - dijo Oscar - Ese Capitán siempre me enviaba a pescar Peces Gato, los peces Escorpión y los repugnantes Peces Sapo.

- Nada como la candela de maderas sin resinas para eliminar venenos - dijo Lucio. La magia del fuego.

- Escribir - vociferó Lucio a los Marineros que se reían cerca de él mientras pintaban de azul una de las bodegas del Barco - se puede hacer en los muelles. ¡Así esté rodeado de Erizos, Pulpos, Caracoles y Pepinos venenosos!

- Hombres y mujeres honestas y juiciosas sin Computadora pueden

hacerlo - dijo Lucio a uno de los marineros. Al cocinero.

Pero para Lucio, la habilidad de la escritura sobre historias donde la muerte es por un Veneno, apareció en su sueño alcohólico sobre la proa del Barco que traía Lavadoras y Neveras. El contrabando del Norte. Pero el viejo Wiskey hizo lo suyo mientras un Perro disfrutaba de su Arroz con Coco y su Pescado de espinas venenosas. Después el Perro se rascó el costado y se fue.

Lucio había cumplido 33 años ese día. Sobrevivió a la mordedura seca de algunos pariente marinos de la Cobra. Un veneno más letal que confiar en los parientes. La curiosidad es peligrosa e imitar a esas mujeres que agarran por el rabo a esas serpientes.

Nació en el tiempo donde no daban garantía por algunas Lavadoras. Recordaba algo de la juventud que los oficios para vivir habían hecho olvidar. La quemadura de una Esponja Marina

particular que querían los que iban a curar el Cáncer, la Pesca de Anguilas para los Asesinos y el contrabando de electrodomésticos de segunda, hacían olvidar rápidamente. Cuando se hace para comprar comida y pagar los servicios públicos, el olvido es mayor.

- ¿Quién le enseñó a escribir? - dijo Oscar - ¿Fueron acaso los estudiantes con Cola de Caballo? ¿O fue por pisar las espinas venenosas de ese Erizo que usted comenzó solo a escribir?
- Esos no sabían mucho - dijo Lucio - Llevaban más de dos décadas asistiendo a la misma materia. Fue la lectura de una lista de libros. Doce. Todos recomendados. Fue como haberse quitado de los ojos esa sustancia anal del Pepino de Mar. Mucha gente sin haberse metido a la Mar tiene ese moco venenoso.
- Esos mozos respiran constantemente aires filosóficos verdes de las plantas Alienígenas. Y parece que a

esos Pepinos les gusta estar solos. Usted debe ser como el Pepino.

- ¿En el Aeropuerto? ¿La zona con gran cantidad de Plantas útiles e inútiles?
- Sí. De filósofos pasaban a ser Sapos.
- Se decía que estos viejos y barbados, hijos de profesores, eran más inteligentes. Cosas de la genética premeditada. A mí se me parecían más a la saliva tóxica del Pulpo. Se meten por cualquier herida. Hasta las del Corazón.
- ¿Semillas seleccionadas? ¿Creciendo en tierra fértil?
- Sí. Y si eso no funciona, los genitales hacen el resto. Se piensa más después del coito. Cuando ya el veneno fue introducido. Eso se asemeja mucho a una Conotoxina del Caracol.
- Pero eso no evitó que mucha gente siguiera frotándose detrás de las orejas para dormir. Y que los coleccionistas sigan buscando esos

Caracoles con bellos patrones. Muchos marineros dicen ¡Esa mujer tiene que ser mía! Y mueren.

- Todos esos muchachos andaban con cuchillo en la cintura, un anillo de calavera y botas de la milicia. El calor que aguantaban era violento per así es la moda.
- Les faltaba el tarro de pegante amarillo en la nariz. Ese sí que produce una llovizna de estupideces.
- Sí. Pero las mentiras siempre ganan. Son como las figuras de Plastilina.
- Hay muchos que miran los barcos desde debajo del puente en busca del Cobre.
- ¿Sigue escuchando el programa sobre la Quiromancia?
- Sí. En la radio de dos bandas.
- Las artes antes prohibidas están de moda. Como tener dos maridos con la misma profesión pero uno juega Tejo y el otro Futbol.
- Son épocas donde se paga por tener colmillos. Y se paga más si traen la

saliva paralizante de la Musaraña. Todo culpa de Hollywood por la película The Killer Shrews. Siempre se quiere paralizar la pareja para esas épocas de pobreza.

Las manos de Lucio según el locutor, lo decían todo. Que él era un telepate. Podía llegar lejos y penetrar en la mente de otra gente. Muchas veces de mujeres que no podían vivir sin un hombre. De la misma forma en que lo hace el olor a Detergentes para Ropa que aparece en la harina de Maíz y en la Avena sin saber cómo, en esas bodegas cerca de las Plazas de Mercado.

- ¿Dónde ocurrió el milagro caligráfico? - dijo Oscar.
- Ocurrió en un barco de madera. De 12 metros de eslora y 4 metros de manga- dijo Lucio - Se llamaba Marea Roja.
- El sitio de los sueños de la niñez. Un barco que se llama como aguas llenas de toxinas. ¿Fabricado en Norteamérica? ¿El país donde

constantemente se cocinan Champiñones con Ajo y Pimienta en una pequeña variedad de Aceites de Oliva? Un nombre que recuerda la sangre en Normandía.

- Sí. Fue un día horrible. Pero muchos murieron por Botulismo en las raciones de campaña. « Creo que es el vaivén del barco el que facilita la creación - pensó - También hace a muchos vomitar ».
- ¿La Nave encontró fondeadero? ¿Lejos de las bolsas de plástico de los basureros llenas de Botulismo? ¿Dónde las Gaviotas no mueren de diarrea?
- En un Pueblito de Pescadores en las costas del Pacifico. Allí los botes son muy apreciados para buscar la comida.
- Me dijeron que en el Pacífico siempre estaban llenos de peces al amanecer. Un sitio donde abundan las Clínicas de Botox.

- ¿También le contaron que todos esos botes tenían nombre de mujer? Ninguno de hombre. O de niño. O de animal.
- Y solo uno con biblioteca y un cocinero que le gustaba sudar en Olla de Presión la Pata de Vaca y fritar Corazón de Res para comérselos con unas Arepas.
- Tenía sus creencias con la comida. Como esa vecina conversa que teníamos que rompió con una piedra un Crucifijo de 300 años. Dizque era adoración de la Araña Australiana.
- Hay mucha loca por ahí molestando con venenos de Araña Bananera. Siempre debe haber un buen Wiskey o una Ginebra junto a libros a medio leer en el Centro Médico. Donde guardan las Arañas Velludas en Formol.
- A los Cocineros de Barcos les gusta mucho leer para reírse de las nuevas recetas.

- Si es un cocinero joven y a veces suelta las amarras, lee de revolución y sabotajes. Leer eso es peor que frotarse en la boca las plumas tóxicas del Ave que huele mal.
- Yo leo sobre San Roque y su perro. No leo sobre Salamandras venenosas de California. Y espero que ese cocinero consuma la Salamandra para que regenere su cerebro.
- Yo a veces duermo entre pesca, en las publicaciones. Las tapo con mi Sombrero de Paja. Para no hacer lo mismo y depositar la confianza en el silencio de las Peluqueras.
- ¿Las Norteamericanas y las Rusas? Leerlas es arriesgarse a quedar sin una hoja después de la tormenta.
- Sí. El calor de sus páginas hacen dormir tranquilamente.
- Y también correr sin reclamar el premio.

Cuando Lucio escribía usaba su camiseta de rayas azules y blancas dentro de un

pantalón negro sujetado por una correa con una gran hebilla. Sin gorra. Una forma de vestir aprendida en la Escuela. Un Talismán. Allí decían que de la forma del vestir dependía la calidad del escrito. O que al menos lo leyera alguno. Todo dependía que las palabras no siguieran la cadencia de las armas.

La Escuela de Gramática era un sitio donde repartían garrote. O hacían cargar un ladrillo encima de la cabeza. El que escribiera cartas de amor a las muchachas era el torturado. Siempre le ocurría a los buenos estudiantes. Los que escribían oraciones y se persignaban con la campanada del alba.

También Lucio usaba una camiseta roja con un impermeable amarillo cuando ponía sus manos en el timón o tenía que ir a recoger las redes en tormenta o a comprar el agua embolsada. En esas ocasiones escribía en su mente. O trataba de memorizar fragmentos adecuados para su historia. O solo

observaba la gente despojándolos de su magia.

- ¿Cuál fue su primer libro? - dijo Oscar - ¿Leer es como hacerse el primer Tatuaje, duele y después sirve para identificar? ¿O cómo saborear el primer Etílico?
- ¿El que releí en la Escuela antes de probar la Cerveza para señoritas y acariciar un cigarrillo con la oreja? - dijo Lucio recordando a la gente que hace oraciones vacías por la humanidad.
- Sí. Ese. El que puede llegar a inspirar el robo de una moto de un Policía. La hazaña más maravillosa de un poeta que al morir solo quiere pensar en él.
- Fue el Catecismo para la Comunión y la Confirmación. ¡El del Amigo que nunca falla! Mi Madre siempre lo colocaba junto al Pájaro enjaulado.
- Debió haber sido otro. Las amistades fallan. Y las familias también. Si se

consideran familia. Esa gente hace que se pierda la imaginación.

- Obligatorio en el colegio de los Curas. Usted sabe cómo son. ¡Esas sotanas que tapan los genitales!
- Siempre era el regalo de la madre que quería que su muchacho fuera bueno, piadoso y un orgullo para ella.
- Cosas difíciles de cumplir. Éramos jóvenes, confiados, tranquilos. Demasiado felices. Sin preocuparnos si el pájaro del árbol nos cantaba.
- Todo el tiempo. Como aquel que meditó en un huerto.
- Mi padre nunca se dormía sin leer algo y sin usar la Pipa de madera donde quemaba un Tabaco muy perfumado.
- ¡Para muchas ese olor era de Chicote! Recuerdo que le regaló unas revistas de Condorito, unos afiches de un artista oriental musculoso de patadas marciales y un pequeño

ejemplar del Quijote resumido e impreso en páginas amarillas.

- Tesoros que ya no se encuentran ni se reciben. Era un hombre amable y admirable. « Limpiaba todo el día pescados - pensó ya muy tarde sobre los 800 pescados - Quitaba sus vísceras para poder tener un Taburete y una mesita y una cama y un techo con tejas de barro ».
- Mi hijo al que poco veo por los caprichos de mi esposa, me regaló el libro de las Conductas.
- ¿El dictado por el padre de los escritores? ¿El Gran Marinero Celestial?
- El mismo. Todo marino debe llevar una en su tula.
- Me gusta el grabado del Pez en el forro.
- Y es un libro que muchos conocen y hablan y lo explican y lo entienden de otra forma.
- Yo solo leo al hombre de las desgracias que me recuerdan lo que

le pasa a muchos. « Voló su mente maravillosa con una escopeta - pensó ».

- Yo leo el final espantoso que asusta más que los Espantos de pueblo. « El final que no se ve cuando se reparten la herencia - pensó - Tanta pelea por unas redes y unas canoas ».
- ¿Por qué ojea los libros con una Pañoleta en la cabeza?
- Pretendo ser idiota para los que me miran.
- ¿Ser idiota evita llamar la atención?
- Es una técnica efectiva para los escritores. Pero hace que nos digan vagos.

También Lucio pensaba en lo parecido de las ciudades del deseo con la gente de algunos pueblos. Fornicación y robo y la tan evidente envidia por los ranchos de los demás. Es una amabilidad confusa de la gente.

Sabía que no tenía la valentía del que murió por la mierda que la familia siempre lleva en el bolsillo. Los que consideran estafador al inocente que lleva las Lentejas de Navidad y comen con sus verdugos y se lamen sus verrugas.

- Sus manos conservaban el olor a los pescados - dijo Oscar.
- Un olor que puede llegar hasta las palabras - dijo Lucio.
- Igual que los Gatos permanecen escondidos en los basureros.
- Yo le apuesto al el número 13. El ganador. Voy a escribir 13 novelas.
- Yo gozo más de un sueño profundo que produce el vaivén de la Hamaca y la sopa de Tortuga.

Las brisas del Norte que entraron por la claraboya del Barco, hicieron que las primeras páginas, los espacios en blanco de los periódicos viejos, quedaran regadas en el suelo junto al timón. También la máquina para escribir de

Lucio quedó tirada en la Colchoneta. Casi cae encima al plato de Carne, Lentejas y Plátano. La Mar con sus olas había hecho lo suyo con el Barco. Unas Navajas para afeitar también se salieron del escritorio de Lucio. Se las habían recomendado para eliminar las palabras innecesarias.

Los lápices que llegaron del Brasil fabricados de esos árboles sin valor y un cuaderno de apuntes cocido con hilo de Cáñamo, fueron a parar al lado de las cobijas rotas que cubrían las redes. Solo se podían ver los flotadores hechos con los tarros desocupados de Cloro para lavar baños. Pero poco de lo que atrapaban.

- Yo he leído lo que escribe - dijo Oscar - Siempre es de alguien imaginario que coleccionaba anzuelos, enmarcaba mapas de las Corrientes Marinas y pensaba en peces azules gigantes y Esponjas parecidas a los Corales.

- También en los Invertebrados de las rocas - dijo Lucio - De esos Crustáceos del pigmento rojo.
- Creo que usted escribe sobre un fantasma que culpa a las Langostas del Manglar y pide perdón a los peces que deambulan por el Coral y a los pescadores del Ancla oxidada y por la gente con muchos niños y su basura que no tenía otra cosa que la Mar.
- Escribo sobre la misma gente que hace voltear los camiones con pollos y leche y llena las Ciénagas de basura y escombro.
- Sus palabras parecen haber salido de un encuentro de boxeo con el matón del Colegio.
- Sí. Muchos quedan aturdidos, nerviosos y victoriosos después que las palabras acertaran un solo golpe en su cabeza.
- Ahora sé lo que siente el Tiburón después del Martillazo.

- Los otros marineros encuentran divertido lo que escribo - dijo Lucio.
- Y lo que lee y habla de forma rara - dijo Oscar.
- Soy un marinero, escritor y hablador y bebedor y jugador de cartas. Un vago que respira y cocina. Y que solo estira la mano para recibir el dinero del Contrabando.
- Usted es un tipo raro. Para los Locutores.
- Absurdo para la mente de muchos. En especial para los Restauranteros que creen en el resultado del Signo Zodiacal.
- Practica una profesión de la que la gente no se arrepiente de ejercerla y se acepta con agrado las épocas de hambre y con desagrado las críticas. Solo se recibe el título de "Estafador".
- Cuando usted termina de escribir parece que ha luchado varias horas con un Pez y que éste le partió el espinazo de la Caña.

- Tal vez una venganza del Bacalao por el Aceite que tomo de los suyos todos los días. O estoy en la corriente para sacar la Música Popular de las Cantinas.

Al llegar a puerto después de varias semanas en la Mar, un paseo muy agradable y esencial para los garabatos, Lucio se montaba en un Chevrolet con el baúl lleno de Plátanos. Todos verdes. También unos racimos de Bananos iban en el techo.

Siempre el chofer estacionaba junto al Faro mientras un hombre amarraba la tapa a la defensa con una cuerda. No le tenía confianza a los ladrones ni a la gente que lava platos untados de salsa.

En una bolsa negra de basura Lucio había colocado sus papeles escritos para protegerlos del agua. A la gente le gusta usar mucho las bolsas de basura. Después los guardaba en una maleta de Lona. Luego iba a vender la receta de sus palabras a la Capital al que

quisiera volverse autor. Eso lo hace la gente importante. Porque escribir un libro y sentarse en una silla a explicarlo con un micrófono estaba de moda y siempre traía admiración de las mujeres familiares y se ganaba una que otra membrecía al Club de Pesca. Era una época terrible donde muchos eran escritores propios de una protesta Mexicana.

Pero el calor sofocante dentro de ese oxidado automóvil Norteamericano que competía con los amplios Taxis Rusos a los que les fallaban las bujías y se les reventaban las mangueras, volvía a encender los deseos y alucinaciones de escribir para sí. Unas novelas. Cortas.

Aunque pareciera raro, era respeto lo que buscaba Lucio, como el que se le tiene a los Calambres de la mañana. Salvo los escritos que mandaba por correo estampillado a unos conocidos del Bar, sus libros permanecían en el anonimato. Otros iban a la caneca sin

haberles dado la oportunidad de contar lo que llevaban por dentro.

- Usted se considera un ser demasiado compasivo - dijo Ramiro el chofer.
- Es que mucha gente no sabe leer y quieren permanecer soñando.
- Soñar es más fácil. Pensar en la Magia.
- Se vuelven parecidos a los Pelícanos que vuelan cerca de las redes de pesca.
- Los Pelicanos sueñan y tienen fe. Ellos no dan vueltas en el aire buscando los peces.
- Yo ya he llegado a la edad de 33. Es en donde se puede escribir sobre todo.
- Yo ya estoy viejo y mi mujer me dice: ¡Ramiro, vives una época para comer mucha fruta. Es mejor que guardar la Dinamita en el baño!

La Mar, los pescados acompañados con Patacones o los Marineros con sus conquistas de mujeres con locuras de

juventud que todavía no querían ajuiciarse, siempre proporcionan historias que hacen sudar o llorar o escupir.

También la navegación y los cortes que hace el Nylon en las manos del Pescador y el Limón en las carnes del pescado que le venden a los Turistas. O los cantos de los pollos y las gallinas que van en las jaulas en la cubierta del Bote que ignoran su muerte. No hay tristeza en esas muertes. Tan variables como las nubes.

Junto a la nevera del Bote que conserva el Hígado de Vaca está incrustado el Tiro que le hicieron a Lucio. Fue una buena historia.

- Hay desayunos en esa dirección - dijo un hombre de la Zona Bananera sentado en un taburete que observaba a Lucio mientras acariciaba una Pata de Conejo que había recibido el primer día que fue a pescar al Río Meta - Son pocos

minutos para comer un buen Bagre o un Bocachico.

- Llevo meses sin vender un libro - dijo Lucio.
- Con poco dinero le alcanza. Hasta le sobra para comprar el Champú, la Crema de Dientes y el Jabón.
- Tendré que decirles que ellos aparecen en varias Novelas.
- Así usted puede comprar rápido - dijo el hombre - Pero sin la prisa con la que se esconden las ratas.
- Abrirá puertas con el libro - dijo el otro hombre que regaba con una manguera un pez que colgaba de la cola.
- A todos les gusta apostar. Ellos dicen que son Pescadores. Le apuestan a la carnada. Los motivos de la sociedad - dijeron en coro los dos hombres - El fin de los rechazos.
- Si le vendo un libro a un comerciante y pongo su nombre como el autor debajo del título, la gente dirá que tenía talentos ocultos - dijo Lucio.

- Por ahí hay que empezar - dijeron los hombres - Cuando muera el comerciante alguna mujer contará su historia con mucho entusiasmo.
- O pueden culpar al Gato de escribir el libro - dijo Lucio - A veces la revista con fotos de mujeres desnudas gana la partida.

Algunos Marranos que se dirigían a buscar la sombra de los árboles de Guama y agua con algo de barro, se acercaron a Lucio. Uno de ellos olio los libros que llevaba envueltos en una bolsa. Con la trompa los empujó y continuo su camino. Lucio pensó que poco le gustaban los escritores Colombianos. O la gente que aparece en sus novelas. Pero los Marranos sabían que no deberían estar ahí. Los azotes del sol siempre hacía que se movieran. Ellos no esperan mucho de la gente ni les gusta el agua ni el jabón.

Al poco tiempo pasó un Bus que traía la gente que trabaja en las Bananeras.

Crédulos e incrédulos. El techo del Ford estaba lleno de racimos de bananos verdes. Junto también iba la leña. Un hombre barbado iba sujetando el cargamento. La gente del interior del bus iba llena de alegría por volver a sus casas. Y las historias saltaban entre los puestos del bus. Un tiempo especial que dejaba atrás la sobra de las Bananeras y aplacaba las machetas.

- La carnada de todo escritor - pensó Lucio.

Una bisexualidad de historias llenas de Hechizos y Conjuros. El chofer del Bus siempre tiene razón. Contaron la historia de un hombre sin importancia atropellado por un camión bananero. Era de otro equipo de futbol. Y de la mujer que culpaba a los demás por no vender ninguna Yuca.

Lucio llegó a la casa de un hombre importante en San Juan. Quería ser reconocido en toda la región de las Minas de Carbón. Quería demostrar que la

experiencia de la vida le había dejado algo. Ya tenía sufriente de organizar almuerzos y reuniones. O de considerar las casas con solar un posible parqueadero. Le habían contado que los libros perduran más allá del tiempo de vida.

- Siga - dijo el Hombre - Yo ahora le estoy quitando la pintura vieja a las paredes.
- La humedad siempre las daña - dijo Lucio - De abajo hacia arriba.
- Los pies también se hinchan cuando la muerte ya viene.
- Las humedades llevan encima muchas historias. Capas de pintura de gente buena y de gente asquerosa - dijo Lucio recordando la casa de sus abuelos.
- La dificultad de entregarle las llaves a cualquiera. Al final la posesión les juega una mala pasada.

- Que fluya la electricidad en las paredes es lo que hace que la casa no se caiga.
- Eso me han dicho. También ayuda el ruido de un radio. Y que el aire circule en su dirección habitual.
- Yo pienso cuando pinto las paredes. Los pensamientos aparecen a medida que el rodillo gira. Al principio los pensamientos se parecen a la pintura gruesa y después los rodillos mentales los expanden por todo el cerebro.
- Los pensamientos son el resultado de hacer un jugo de muchas frutas. Necesita cantidades pequeñas y filtración.
- También después de aplicar una capa de pintura hay que esperar un tiempo. Debe impregnarse y secar.
- Sí. Los pensamientos también deben madurar. Luego se saborean y si se quiere se dan a probar.
- A mí me gusta el jugo de Zapote y el de Níspero. De los árboles que crecen

junto a los Cafetales. Producen pensamientos sublimes.

- A algunos Vagos de la Calle les gusta tomar el alcohol para las heridas. Mueren los infectados pensamientos.
- Ese alcohol los hace pensar en las traiciones de sus mujeres. Luego se inventan un impuesto por "hacer el amor" en el Pasto. Junto a las matas de Lulo.
- ¡Usted debería ser escritor! - dijo Lucio.
- La gente que lea mis anotaciones mecanografiadas se ofendería mucho - dijo el Hombre.
- Estaría dejando las crías mentales al cuidado de la abuela.
- Ahí en ese maletín de cuero está el dinero por el libro. Fue un placer conocerlo.

Lucio dejó el libro sobre la mesa. Fue un pago parecido al de los Mafiosos

obsesionados con las bolsas de basura. 33 millones por un libro.

Hizo un gesto de despedida para el Hombre que había decidido volver al silencio en que se encontraba. La mujer que parecía convivir con él lo miraba con desprecio desde la cocina. La fotografía de la pared mostraba que ya habían pasado más de 30 años de reproches.

El hombre, despacio y con detalle, había continuado arreglando la pared. Las telas de pintura vieja y sucia en el suelo habían dejado al descubierto las arrugas del Cemento. Una vejez de 90 años que había sobrevivido a la brutalidad de los anteriores inquilinos. Paredes levantadas en ladrillos acostados bien cocidos y entre ellos varillas de acero Italiano.

Su mujer seguía vociferando desde lejos sobre ese inquilino que quiso tumbar los muros. Un hombre engreído que

asumía que sus pensamientos siempre eran en grande. Un joven irrespetuoso.

Pero el hombre, el dueño, sabía del Respeto. El que merecían el par de abuelos que habían construido esa casa. Un trabajo de otros sin herencias, había percibido Lucio. Una virtud que pocos tienen aun cuando respiran.

- ¿Me puede acercar al Puerto? - dijo Lucio al hombre con orina en su pantalón que pedaleaba un triciclo con capota.
- ¡Ese hombre lo va a estafar! - le dijeron a Lucio otros de la misma profesión - Siempre cambia el precio convenido.
- Lo llevo gratis si me da esa Chompa de los Parques Nacionales - dijo el de los pantalones húmedos - No me importa el barro que lleva en la espalda. Ni los rastros de sangre de las Garrapatas.
- No quiero hacer trueques - dijo Lucio - Ésta tela tiene un valor de

sentimiento. Ha conocido que dentro de la naturaleza vive gente perversa. Violadores, asesinos y ladrones conviviendo con las flores. ¡Mejor me voy caminando!

- Hay atracadores en la vía - dijeron los otros Taxistas - Bien organizados. Extranjeros que sin sentimiento matan con cuchillo - dijo el Taxista más viejo - Y va a llover. Graniadito.
- ¿Usted es de las Tierras Altas? - dijo Lucio señalando a un hombre alto y piel sin pecas entre el grupo de Taxistas porque él no confiaba en la gente pecosa - Parece que sabe usted alimentar las gallinas con maíz.
- Sí. También Bachiller a mucho honor. Me llamo Tomás, tuve vecinos que comerciaban gente y fui Piloto de Fumigación y sobreviví al intento de homicidio de unos parientes - dijo Tomas utilizando una peinilla negra que se encontraba junto a unas botellas del Fermentado y del Etílico

- Y aprendo con el que voy hablando. Hoy son Abogado, mañana Notario. También consumo Cubios para bajar mis deseos ocultos.
- A lo mejor usted es de los que usa un Reloj sin batería y un Teléfono sin campana. O una billetera de mujer con billetes extranjeros para burlarse de los ladrones.
- Lo voy a llevar. Pero sepa que soy de los que no logró que me digan Don y a mi mujer Doña. « Hace mucho el dinero se acabó - pensó - Luego los políticos fueron mejores que las gallinas para comer Millo ».

En la carretera hacia la Mar se ven muchas cosas. Desde un hombre que invita a atravesar la vía a un perro pequeño a una mujer que solo se alimenta de grasa de Puerco. También un Pueblo que vive sumergido en Gasolina. Y otro Pueblo donde los enjambres de Motocicletas hacen perder el equilibrio a los Choferes de los Buses. Pero siempre

hay hoteles para dormir si el cansancio pasa la cuenta.

Lucio tenía que escoger qué historia de veneno contar. Una corta y letal con poca gente. Gente que valiera la pena inmortalizar o matar. Y aceptar que sin importar la historia, el personaje o las desacomodadas palabras que se escribieran, era posible que nadie la leyera. Ni la Policía.

Y era Lucio el único lector de sus obras. Leía como un desconocido leyendo a otro y si esas palabras lograban cautivarlo, sabía que había hecho bien. Eso le recordaba la Casa que una vez pintó sus paredes de Blanco. También las puertas metálicas corroídas por el orín de Perros. Varias capas de blanco para borrar el Amarillo y su antecesor el Rojo.

- ¿Y ahora sobre qué va a escribir? - dijo Omar a Lucio acercándole una cerveza de botella humedecida en esa

Casa sobre los peñascos donde la Mar se revienta con violencia.

Era la botella 33 de esa tarde. Ese número seguía a Lucio a muchas partes.

- Me gustaría escribir sobre un Analfabeta que le toco aprender - dijo Lucio.
- ¿Por necesidad? - dijo Omar.
- Sí. La vida le cambió al despertar en una Alcantarilla oscura llena de Ratas que parecían estar siempre felices.
- Una vida interesante. Y placentera. Como un Perro durmiendo que coloca sus patas en la espalda de otro Perro para no caerse.
- La protagonista al principio era huérfana. Se identificaba con el zapato blanco del colegio que quedó botado en Noviembre.
- Yo me identifico con estas Chancletas. ¡Omar es un hombre de Chanclas, Butaco y Hamaca!

- Hubo una época en que yo me identificaba con las Botas. Llevaba la Milicia al hombro. Luego me identificaba con unas Sandalias y después unos Tenis.
- Las vidas de otros son interesantes para los demás - dijo Omar señalando a un grupo de Turistas de piel blanca y ronchas rojas en las piernas - Ellos quieren ser como los Pescadores y los Pescadores quieren ser como ellos.
- Yo no escribo sobre gente que yo hubiera querido ser - dijo Lucio.
- Omar sabe mucho porque ha visto mucho y ha escuchado bastantes lamentos.
- Yo soy bajito. Escribí hace mucho sobre un muchacho que debía ser alto después de las inyecciones. Me gusta ser bajito.
- Usted siempre está en peligro de acomodar palabras de Fantasía y Ficción y de Frustración. Las vidas que usted descarta y que nunca

aparecen en sus libros ya fueron sentenciadas por sus esperanzas.

- El poco dinero es el que no me ha dejado ser. Pero lo que yo soy y lo que tengo otros lo envidian.
- Omar ha visto la desesperación en personas como usted. Por eso debe aceptar su vida y escribir sobre lo que está viviendo.
- Si vivo y escribo sobre cosas que solo para mí son interesantes es posible que nunca vuelva a vender.
- Omar se arriesgó al matrimonio y a la pesca. También se alejó de los amigos dominantes. Sigo vivo.

Lucio siguió visitando esa casa todas las tardes. Bebía una cerveza y hablaba y miraba. A veces se sentaba al lado de Omar y no decía nada. Hasta después de que Omar ya no estuvo. Y en las noches escribía, verdaderamente escribía. Los 33 libros que había prometido.